



CARI / CONSEJO ARGENTINO PARA LAS
RELACIONES INTERNACIONALES

Comentarios Estratégicos

Entre la diplomacia tradicional y la
geopolítica global: el rol mediador del Golfo.
La reconfiguración de las relaciones
internacionales en la era postunipolar

Federico Franceschini

Entre la diplomacia tradicional y la
geopolítica global: el rol mediador del Golfo.
La reconfiguración de las relaciones
internacionales en la era postunipolar

Federico Franceschini

Comentarios Estratégicos

N.º 35

OCTUBRE 2025

ISSN 3008-9956

Las opiniones expresadas en esta publicación son exclusiva
responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el
pensamiento del CARI.

Corrección: María Fernanda Rey

Diseño: Trender

Maquetación: Mario Modugno

Imagen de tapa: iStock.com/shaadjutt

CARI Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales
Uruguay 1037, piso 1.º, C1016ACA Buenos Aires, República Argentina
Teléfono: (+5411) 4811-0071 al 74 / Fax: (+5411) 4815-4742
Correo electrónico: direccioneditorial@cari.org.ar / Sitio web: www.cari.org.ar

Entre la diplomacia tradicional y la geopolítica global: el rol mediador del Golfo. La reconfiguración de las relaciones internacionales en la era postunipolar

Federico Franceschini*

1. Introducción

En la última década, las relaciones internacionales han atravesado una transformación acelerada y profunda. Este proceso trasciende la dinámica bilateral entre los Estados, lo que implica también una redefinición del papel de los organismos internacionales, cuyas funciones como pilares de la gobernanza global se han visto cada vez más cuestionadas. La inestabilidad estructural ha debilitado la capacidad de intervención de los centros tradicionales de poder, alterando los equilibrios políticos globales y, en ciertos casos, afectando incluso la estabilidad de las fronteras nacionales. En este contexto, no puede descartarse un escenario futuro marcado por nuevas modificaciones territoriales y reconfiguraciones del orden mundial.

Simultáneamente, ha crecido el riesgo de conflictos bélicos con alcance global. Este fenómeno desafía los principios fundamentales de la diplomacia clásica y tensa el sistema internacional surgido tras la Segunda Guerra Mundial. El declive

* Nació en Roma, Italia. Posee una licenciatura en la Università di Pisa en Ciencias Políticas e Internacionales, una maestría en Ciencias Diplomáticas (SIOI) y una en Relaciones Internacionales (Università di Perugia). Es diplomático desde el año 2014. Trabajó en la oficina privada de SAR Sultan bin Ahmad Al-Saud en Arabia Saudita, en el ACNUR en Ecuador, el UNOPS en Italia, como así también en la OEA en Washington D. C. En la Cancillería argentina, prestó funciones en Beirut, Kuwait City, Riad, Londres e Islamabad. En el país trabajó en la Dirección de África del Norte y Medio Oriente y en la Dirección Nacional de Ceremonial. Correo de contacto: franceschini.federico@gmail.com

de la hegemonía estadounidense —evidente en el ocaso de la *pax americana* y en la fragmentación del orden unipolar establecido tras el fin de la Guerra Fría— ha dado paso a una política exterior menos intervencionista. En lugar de desplegar recursos militares o gubernamentales de forma masiva, Washington ha optado por consolidar alianzas regionales, que funcionan como plataformas de contención y vigilancia. Esta estrategia le permite reducir tanto los costos económicos como el desgaste de legitimidad internacional, marcando así su progresivo retiro del rol de “policía global”.

Un caso paradigmático de esta reconfiguración es el mundo árabe, una región que históricamente ha implicado altos costos políticos, militares y diplomáticos para Washington. Hoy, sin embargo, Estados Unidos cuenta con aliados institucionales clave en un arco geopolítico que se extiende de Rabat a Muscat, pasando por El Cairo, Ammán, Riad, Kuwait, Doha, Manama y Abu Dabi. En este entramado, el Consejo de Cooperación del Golfo (GCC, por sus siglas en inglés) ha emergido como un actor relevante: facilitador de diálogo con Estados “parias” y entidades no reconocidas y herramienta flexible para ejercer influencia diplomática sin intervención directa.

Frente a los múltiples conflictos que afectan regiones como Afganistán, Ucrania, el Sahel, el Cuerno de África, el Cáucaso, Medio Oriente y Asia Meridional —desde Irán y Palestina hasta Etiopía, Sudán, Pakistán, India, Somalia o el Congo—, el GCC se ha consolidado como plataforma mediadora. Aunque no siempre actúa como bloque unificado, opera como espacio de coordinación y respaldo mutuo entre sus miembros. Este enfoque, que une pragmatismo y ambición geopolítica, perfila al Golfo como un posible punto de encuentro entre potencias en competencia, más allá de su papel tradicional como actor periférico.

Al mismo tiempo, países como China, India, Turquía e Irán han intensificado sus esfuerzos por convertirse en polos de influencia independientes, ampliando su margen de maniobra a través de mecanismos de cooperación sur-sur, inversiones estratégicas y proyectos de infraestructura, como la Iniciativa de la Franja y la Ruta. Paralelamente, bloques regionales como la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), el grupo BRICS ampliado y nuevos foros del sur global han ganado

relevancia como contrapesos al poder occidental tradicional. Esta multiplicidad de actores y centros de decisión no solo fragmenta el mapa geopolítico, sino que complejiza los canales de negociación, reduce la efectividad de las instituciones multilaterales existentes y pone en cuestión su representatividad. En consecuencia, la gobernanza internacional atraviesa una transición marcada por la competencia sistémica y la redefinición de alianzas.

2. El Golfo como punto de encuentro y desencuentro

La complejidad del orden mundial no se restringe a una sola región. Se extiende a todos los continentes. Sin embargo, pocos escenarios concentran tantas tensiones e intereses cruzados como Medio Oriente. En este contexto, algunos países del GCC han ganado visibilidad como mediadores internacionales, respaldados incluso por grandes potencias. Este ascenso se explica tanto por su creciente peso económico y estratégico como por el desgaste de los mediadores tradicionales, cuyas rigideces y antecedentes históricos limitan su percepción como actores neutrales.

Para actores clásicos como Europa —y, en menor medida, Estados Unidos—, el pasado pesa. Su legado colonial en la región sigue presente y dificulta que sean percibidos como imparciales. A esto se suma la presión de sus opiniones públicas, que exigen soluciones rápidas, aunque no siempre sostenibles. Esta combinación de historia y política interna ha disminuido la credibilidad y efectividad de sus iniciativas diplomáticas.

En contraste, la diplomacia del Golfo ha mostrado dinamismo y una proyección global. Países como Arabia Saudita, Catar, Emiratos Árabes Unidos, Omán y Kuwait han asumido roles decisivos en conflictos que van de África a Asia, pasando por Ucrania y el propio Medio Oriente. Combinan canales oficiales con vías informales y se apoyan en relaciones personales al más alto nivel. Su influencia se basa en el pragmatismo, la adaptabilidad y las redes estratégicas, más allá de los límites geográficos o intereses inmediatos.

Este papel no es nuevo. Desde hace décadas, las monarquías del Golfo han asumido funciones de mediación en nombre de la estabilidad regional, la hermandad árabe y, cada vez más, su proyección internacional. En 1989, Arabia Saudita fue clave en la firma del Acuerdo de Taif, que puso fin a la guerra civil en Líbano. En 2008, Catar intervino en una nueva crisis libanesa entre Hezbolá y grupos sunitas, facilitando el Acuerdo de Doha, que permitió nombrar presidente tras más de un año de vacío institucional.

Omán, con una política exterior discreta y neutral, ha actuado eficazmente como mediador en conflictos como la guerra civil en Yemen, donde la Liga Árabe no logró acercar a las partes. También ha servido de interlocutor entre Irán y Estados Unidos en cuestiones nucleares. Kuwait, bajo el liderazgo del difunto Sheikh Sabah, desempeñó un rol de “figura paterna” dentro del GCC, especialmente durante la crisis del bloqueo a Catar en 2017 por parte de Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos y Baréin.

Catar ha consolidado su reputación como anfitrión de diálogos complejos, como las negociaciones entre los talibanes y Estados Unidos y, más recientemente, en el conflicto entre Hamás e Israel. A pesar de no reconocer oficialmente al Estado israelí, se ha posicionado como interlocutor indispensable. Además, varias facciones armadas han mantenido oficinas políticas en Doha, lo que refuerza su papel como puente con Occidente.

Emiratos Árabes Unidos también ha buscado ampliar su influencia, especialmente en África. En 2018, desempeñó un papel clave en la reconciliación entre Etiopía y Eritrea, promoviendo además inversiones en infraestructura portuaria en el Cuerno de África. Arabia Saudita, además de su papel histórico en Líbano, ha mediado en negociaciones entre la Autoridad Palestina y Hamás, y mantiene un rol destacado en los conflictos de Yemen y Sudán, así como en su liderazgo en la OPEC+.

Líderes como Mohammed bin Salmán, Mohamed bin Zayed y Tamim Al-Thani encarnan una diplomacia altamente personalizada. Alejados del formalismo clásico, prefieren la interlocución directa y pragmática, negocian con todos los actores y

conservan flexibilidad, lo que les ha permitido ocupar el espacio que otros actores tradicionales han cedido por rigidez institucional o exceso de cálculo.

Un ejemplo claro de este nuevo enfoque fue la cumbre en Yeda, donde Arabia Saudita logró reunir a representantes de Estados Unidos, Ucrania y Rusia para mantener abiertos los canales de diálogo. Otro caso es el de Catar, que se ha convertido en una pieza clave en uno de los conflictos más antiguos del mundo.

Sin embargo, las diferencias entre los países del Golfo siguen siendo notorias. Aunque Arabia Saudita y Catar coinciden en foros como el GCC, la Liga Árabe y la Organización de Cooperación Islámica (OCI), sus políticas exteriores suelen situarse en extremos opuestos. En Siria, Irak, Libia, Sudán, Egipto, Túnez o Líbano, respaldan a actores locales distintos. Incluso respecto a la causa palestina, difieren en su relación con Hamás.

A pesar de estas divergencias, ambos países han mantenido una postura equilibrada ante la guerra en Ucrania, cultivando relaciones funcionales tanto con Moscú como con Kiev. Esto sugiere que, aunque sus estrategias puedan divergir, comparten una visión pragmática que los alinea cuando buscan posicionarse como intermediarios globales.

De hecho, es probable que Arabia Saudita y Emiratos Árabes asuman un papel aún más relevante en el futuro inmediato, especialmente en eventuales negociaciones entre Rusia y Ucrania. Con la mayoría de Europa descartada como sede neutral, Riad o Abu Dabi podrían convertirse en el nuevo punto de encuentro. También podrían intentar mediar directamente entre Irán y Estados Unidos, con o sin Omán como socio discreto en ese esfuerzo.

En resumen, los países del Golfo buscan ocupar un lugar más influyente en el escenario global, y lo están logrando a través de su papel en la mediación de crisis internacionales. Con su riqueza, recursos energéticos, estabilidad política y posición geográfica, proyectan la imagen de un nuevo Medio Oriente. Aunque no actúan como un bloque monolítico, comparten la visión de dejar de ser meros escenarios de conflicto para convertirse en actores capaces de transformarlo. Su mayor desafío podría ser asumir el papel de mediadores entre Teherán y Washing-

ton D. C., un objetivo cuya lógica responde a la necesidad de garantizar estabilidad militar en la región. Tras los ataques israelíes contra la República Islámica, la capacidad militar iraní —y la de sus grupos aliados— se ha visto severamente afectada; no destruida, pero sí considerablemente reducida. Por ende, la coyuntura podría sentar las bases para poner fin al estatus de “paria” de Teherán, integrándolo —bajo observación— gradualmente en el marco regional.

3. La mediación como un *majlis*

Uno de los elementos distintivos del método de mediación árabe, especialmente en el contexto del Golfo, es la práctica del *sulh*, un concepto profundamente arraigado en la tradición islámica y tribal. Más que una simple resolución de disputas, el *sulh* implica reconciliación, reparación moral y restauración del tejido social. A diferencia de los mecanismos formales de mediación occidental, basados en marcos legales o institucionales, el *sulh* prioriza el honor, la dignidad colectiva y el equilibrio comunitario, a menudo mediante procesos no escritos, pero profundamente respetados. Esta lógica, aunque informal, ha influido de manera significativa en la forma en que los países del Golfo desempeñan su papel internacional, no desde el tecnicismo jurídico, sino desde una mediación relacional basada en la confianza personal, la palabra dada y la estabilidad. Es una diplomacia que conjuga tradición y pragmatismo, y que encuentra en la cultura del *sulh* una herramienta esencial para facilitar el diálogo, incluso entre adversarios históricos.

Otro componente clave en este enfoque es el *majlis*, que literalmente significa “asamblea” o “lugar de reunión”. El *majlis* es mucho más que un espacio físico: es una institución social profundamente arraigada en la cultura política del Golfo. Allí, líderes, ancianos, funcionarios o jefes tribales reciben a miembros de la comunidad para tratar asuntos, resolver disputas o escuchar inquietudes. Es un entorno informal, aunque regido por normas claras de respeto y jerarquía, donde cualquiera puede expresarse y donde se valora el diálogo directo y el consenso. El *majlis* fomenta la cercanía, la escucha activa y la resolución pacífica dentro de una lógica de consulta colectiva, o *shura*.

Combinado con el *sulh*, el *majlis* se convierte en un espacio ideal para aplicar mecanismos de reconciliación. Mientras el *sulh* establece el marco ético y práctico para restablecer relaciones, el *majlis* actúa como escenario de validación comunitaria del acuerdo alcanzado. La comunidad no solo observa, sino que también legitima y, en muchos casos, participa activamente en la construcción del consenso. Este enfoque oral, relacional y presencial ha moldeado profundamente la manera en que los países del Golfo gestionan sus mediaciones internacionales, priorizando el diálogo directo, la confianza personal y la eficacia pragmática, lejos de la rigidez técnica y burocrática de otros modelos diplomáticos.

A estos elementos se suma un factor fundamental: la estructura de poder monárquica y altamente centralizada que predomina en la mayoría de los países del Golfo. Incluso en un contexto global donde el poder se dispersa cada vez más, este estilo de gobierno permite decisiones rápidas, directas y personalizadas. Esto refuerza la capacidad de actuación en procesos de mediación y otorga un peso considerable a la palabra de los líderes, cuyo honor y prestigio están en juego. La coherencia con la que el Golfo ha conducido su política exterior, junto con el valor social del honor tribal, genera un entorno de confianza y credibilidad indispensable para desempeñar con éxito su rol mediador.

En el plano interregional, otro factor que ha impulsado el papel mediador del Golfo es la reciente distensión en sus relaciones con Irán y la política de desescalada hacia países como Turquía y Siria. Estos gestos han contribuido a generar un entorno más estable y previsible, condiciones que los países del Golfo consideran esenciales para cualquier proceso de mediación sostenible. A diferencia del enfoque occidental, centrado en promover valores democráticos, derechos humanos y políticas de incentivos y sanciones, el enfoque del Golfo se caracteriza por un pragmatismo menos prescriptivo y por cierta resistencia cultural a esas tácticas. En su lugar, privilegian el honor, el consenso y la construcción de confianza mediante el respeto mutuo.

Este modo de proceder transmite una sensación de realismo y solidez, especialmente en escenarios fragmentados, donde las soluciones no pueden imponerse a través de esquemas normativos externos, sino que deben surgir del equilibrio, la

contención y el conocimiento de las dinámicas locales. Las relaciones duraderas, la discreción y una diplomacia de bajo perfil —alejada de la exposición mediática— son rasgos profundamente arraigados en la tradición árabe y se consideran condiciones fundamentales para generar confianza y seguridad entre las partes.

Un ejemplo concreto de la aplicación de los principios del *sulh* y el *majlis* en la diplomacia del Golfo se encuentra en las mediaciones llevadas a cabo en el Cuerno de África, región donde estas prácticas culturales tienen reconocimiento y respeto como métodos de resolución de conflictos. El acuerdo de paz firmado el 16 de septiembre de 2018 en Yeda entre el primer ministro etíope, Abiy Ahmed, y el presidente eritreo, Isaias Afwerki, que puso fin a décadas de enfrentamientos, ilustra perfectamente esta lógica. Al día siguiente, también en Yeda, se celebró el primer encuentro cara a cara entre Afwerki e Ismaïl Omar Guelleh, presidente de Yibuti, con el propósito de resolver antiguos litigios fronterizos entre ambos países.

Además, Yeda consolidó nuevamente su papel como espacio de diálogo cuando, en mayo de 2023, fue sede de las conversaciones entre las Fuerzas Armadas sudanesas y las Fuerzas de Apoyo Rápido, en un intento por alcanzar un alto el fuego y poner fin al conflicto armado en Sudán.

Aunque el Cuerno de África ha sido históricamente un área de competencia geopolítica —con Catar y Turquía disputándose influencia en distintos frentes—, Arabia Saudita ha logrado posicionarse como un actor estabilizador y mediador creíble. Sin embargo, esta hegemonía diplomática saudí no es absoluta: en escenarios específicos, como Somalia, los actores dominantes en términos de influencia continúan siendo Emiratos Árabes Unidos y Turquía, que desempeñan un papel crucial en las dinámicas políticas y de seguridad regional.

No sorprende, por tanto, que muchos de estos países hayan cultivado tradicionalmente un rol de facilitadores discretos, desarrollando lo que se conoce como diplomacia de *backchannel*. En este contexto, han emergido como auténticos *interlocutor states*, capaces de mantener vínculos con todas las partes sin imponer agendas rígidas. Emiratos Árabes Unidos, por ejemplo, buscó desempeñar ese papel durante su membresía en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (2022–

2023), actuando como puente entre el norte y el sur global. Su enfoque combinó intereses nacionales con una visión de apoyo al sistema internacional, sin renunciar a las tradiciones diplomáticas propias del Golfo, basadas en la cautela, el pragmatismo y el compromiso con la estabilidad.

4. Entre la diplomacia y la transformación: la estrategia estructural del Golfo

A pesar del creciente protagonismo de los países del Golfo, su papel como mediadores enfrenta desafíos importantes. El más relevante es la percepción de parcialidad: en conflictos donde mantienen vínculos estrechos con alguna de las partes, su intervención puede verse como interesada, lo que afecta su credibilidad como actores neutrales. Además, aunque su estilo de mediación, basado en relaciones personales y métodos informales, ha demostrado eficacia en distintos escenarios, esta flexibilidad puede dificultar su integración en procesos más institucionalizados, como los que lideran las Naciones Unidas o la Unión Africana (UA).

Un ejemplo de su enfoque diferencial se observa en Arabia Saudita, que en 2023 optó por una estrategia más pragmática al invitar a Gabón, Sudán y Níger —suspendidos por la UA tras golpes de Estado— a una cumbre árabe-africana, desmarcándose así de la política de aislamiento seguida por otros Gobiernos. Este encuentro, el primero de alto nivel desde la cumbre celebrada en Kuwait en 2013, refleja la visión saudí de integrar a África en su agenda multipolar y proyectar liderazgo global mediante el fortalecimiento de los lazos entre el mundo árabe y el continente africano.

Por su parte, Catar ha buscado consolidar su influencia en la región de los Grandes Lagos, interviniendo recientemente en el conflicto entre la República Democrática del Congo (RDC) y Ruanda. La mediación se vio favorecida por la relación personal del emir Sheikh Tamim con los presidentes Paul Kagame, de Ruanda, y Félix Tshisekedi, de la RDC. Estos esfuerzos culminaron en la firma de la Declaración de Principios en Washington D. C., el 25 de abril de 2025, que estableció un marco para la paz, la cooperación en seguridad y la integración económica. Posteriormente, representantes de la RDC, Francia, Catar, Ruanda, Togo y Estados Unidos

se reunieron en Doha para elaborar un borrador de acuerdo de paz, lo que recibió un amplio respaldo internacional.

Catar también fue clave en la restauración de las relaciones diplomáticas entre Kenia y Somalia en 2021 y, en 2023, facilitó la liberación de presos políticos ruan-deses —entre ellos, Paul Rusesabagina— a solicitud de Washington. Estas acciones consolidan su perfil como mediador en África y demuestran su capacidad para participar en procesos de resolución de conflictos y construcción de paz incluso en contextos alejados de su área geográfica inmediata.

Sin embargo, existe el riesgo de que las intervenciones del Golfo, en lugar de reducir tensiones, alimenten rivalidades regionales. En un Medio Oriente marcado por intereses divergentes, agendas ideológicas y competencias estratégicas, la mediación podría transformarse en una extensión de sus propios juegos de poder. Para evitarlo, deberán reforzar su compromiso con la transparencia, la inclusión y la cooperación multilateral, claves para sostener su legitimidad y evitar percepciones de intrusión o desequilibrio.

Comprender por qué estos países han asumido un papel diplomático tan activo requiere considerar su contexto interno de transformación estructural. Arabia Saudita ilustra bien esta dinámica: la mediación internacional forma parte de una estrategia más amplia que trasciende el prestigio diplomático o el *soft power*. Durante la Reunión Anual del Foro Económico Mundial de 2025 en Davos, el reino dejó claro que aspira a un papel central en el nuevo equilibrio global, no solo como proveedor energético, sino también como mediador geopolítico, inversor estratégico y actor relevante en cuestiones climáticas. El ministro de Economía y Planificación, Faisal Al-Ibrahim, lo expresó así: “Queremos estar en el medio; nuestras alianzas deben seguir siendo fuertes con todas las partes”. Esta visión de equilibrio y no alineamiento se ha materializado en iniciativas concretas, como impulsar negociaciones entre Estados Unidos y Rusia sobre Ucrania en Riad y, en marzo de 2025, invitar oficialmente al presidente de Ucrania a participar en el encuentro del Consejo de Cooperación del Golfo (GCC), lo que reforzó su imagen como actor diplomático clave.

5. Hoy y las posibilidades para el futuro

A pesar del creciente protagonismo del Golfo, su papel mediador enfrenta retos persistentes. La percepción de parcialidad sigue siendo uno de los mayores riesgos. Cuando estos países mantienen lazos estrechos con alguna de las partes involucradas, sus intervenciones pueden interpretarse como interesadas, lo que erosiona su credibilidad como mediadores imparciales. Además, aunque su enfoque basado en la flexibilidad y las relaciones personales ha demostrado ser eficaz en muchos escenarios, encuentra limitaciones a la hora de integrarse en procesos más institucionalizados y multilaterales, especialmente los liderados por organismos internacionales.

Otro peligro es que sus intervenciones, en lugar de atenuar tensiones, profundicen rivalidades regionales. Medio Oriente sigue siendo un espacio donde convergen intereses cruzados, agendas ideológicas y disputas estratégicas. Una mediación mal gestionada podría percibirse como una prolongación de las disputas internas del Golfo, más que como un esfuerzo genuino por la paz. Para evitarlo, estos países deberán reforzar su compromiso con la transparencia, la inclusión y la cooperación multilateral.

La interacción entre los esfuerzos de mediación del Golfo y el sistema multilateral global plantea tanto retos como oportunidades. La creciente presencia diplomática del GCC y de países como Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudita y Catar coincide con un periodo de fragilidad en la capacidad de intervención de las instituciones internacionales. Este escenario abre un espacio para la complementariedad: los países del Golfo, gracias a su afinidad cultural y lingüística en muchas zonas de conflicto, pueden desempeñar el papel de traductores políticos y operadores sobre el terreno, sobre todo en contextos donde otros actores carecen de acceso o legitimidad. A ello se suma su considerable capacidad de movilización financiera, un recurso decisivo para sostener procesos de paz. Ejemplos recientes incluyen la mediación de Catar entre Ruanda y la República Democrática del Congo, que demostró su capacidad de inserción en escenarios lejanos y, de manera aún más singular, los diálogos que Doha estaría impulsando entre el Gobierno colombiano y la guerrilla de ese país.

Sin embargo, esta complementariedad no está asegurada. La coexistencia de iniciativas impulsadas por el Golfo y por las Naciones Unidas puede derivar en duplicidades, confusión o incluso enfoques contradictorios. Para evitar la fragmentación, será indispensable construir mecanismos claros de coordinación, intercambio de información y articulación de esfuerzos. Solo así se podrán combinar las ventajas de ambos modelos: la proximidad cultural y la eficacia operativa del Golfo, con la legitimidad institucional de Naciones Unidas.

Actualmente, puede observarse el trabajo silencioso de la diplomacia del Golfo en el conflicto entre Rusia y Ucrania. Riad, Doha y Abu Dabi buscan facilitar el intercambio de mensajes entre las partes y ofrecer lugares de encuentro discretos, alejados de los focos mediáticos y de las sedes institucionales, creando foros neutrales donde las delegaciones se sientan cómodas. El objetivo inmediato no es solamente alcanzar una solución política o militar, sino también promover acuerdos humanitarios. En agosto de 2025, no fue casual que Vladimir Putin mencionara a Emiratos Árabes Unidos como posible sede para un eventual encuentro con Donald Trump, recordando la visita de Sheikh Mohamed bin Zayed a San Petersburgo en 2022, ocasión en la que, por primera vez, se aludió al papel emiratí como país mediador.

Este trabajo discreto, inicialmente enfocado en mediaciones humanitarias, no se limita a motivaciones religiosas; también funciona como un mecanismo de legitimación de la acción del Golfo en los planos internacional e interno. Ejemplos claros incluyen la mediación de Emiratos Árabes Unidos en el intercambio de prisioneros rusos y ucranianos, así como las reunificaciones familiares gestionadas logísticamente por Catar entre Moscú y Kiev.

Otro caso, menos visible pero igualmente significativo, ha sido la mediación de Abu Dabi entre Azerbaiyán y Armenia. Si en el pasado las conversaciones sobre el Cáucaso se desarrollaban en Moscú, Ankara o capitales europeas, esta vez el Golfo fue el espacio elegido para el diálogo. El interés emiratí en este proceso tiene también un trasfondo económico, dado su papel como principal inversor en Armenia y sus proyectos de gran escala en Azerbaiyán. La estabilidad en la región es vista

como esencial para proteger estas inversiones. Esta mediación culminó con la firma oficial de un acuerdo de paz en Washington, en agosto de 2025.

En paralelo, frente a uno de los conflictos más complejos y prolongados de la región, los roles mediadores de los países del Golfo han variado según sus posiciones políticas frente a Israel, la Autoridad Palestina y Hamás. Catar, en particular, ha desempeñado un papel central en las negociaciones para la liberación de rehenes tras el secuestro de doscientos cuarenta israelíes el 7 de octubre de 2023 por parte de Hamás. Con la mediación conjunta de Catar, Estados Unidos y Egipto, se alcanzó un acuerdo que permitió la liberación de cincuenta mujeres y niños israelíes a cambio de concesiones humanitarias en Gaza y la excarcelación de prisioneros palestinos. Posteriormente, en enero de 2024, el mismo trío de mediadores facilitó un alto el fuego temporal en la guerra de Gaza, que incluyó la liberación simultánea de rehenes israelíes y prisioneros palestinos.

Cabe recordar que el artículo 7 de la Constitución del Estado de Catar establece el compromiso de Doha con la mediación y la resolución pacífica de los conflictos. En coherencia con este principio normativo, el pequeño emirato continuó, a lo largo de 2025, sus esfuerzos diplomáticos en este ámbito, trabajando de manera coordinada con El Cairo para mantener abiertas las vías de diálogo en la región.

De cara al futuro, es previsible que el rol mediador del Golfo continúe expandiéndose, impulsado por su posición geoestratégica, su capacidad financiera y el surgimiento de nuevas generaciones de líderes con formación global. Esta renovación podría dar lugar a estilos de mediación más ágiles, adaptativos y tecnológicamente integrados, capaces de desenvolverse en escenarios donde predominan actores no estatales y conflictos transnacionales.

Será necesario, sin embargo, avanzar hacia un modelo menos dependiente de la mediación personalizada ejercida directamente por los líderes, compartiendo este rol con ministros y funcionarios para dotarlo de mayor alcance y solidez técnica. Catar es un ejemplo de esta transición: en su Cancillería, los secretarios de Estado cuentan con autoridad para negociar, lo que ha permitido que procesos como el

diálogo con los talibanes se desarrollen en todos los niveles de la administración y no exclusivamente a través del jefe de Estado.

Este ímpetu requiere también cautela. El entusiasmo por intervenir no debe traducirse en una sobreestimación de sus capacidades ni en iniciativas diplomáticas que puedan fracasar. Los conflictos actuales plantean desafíos inéditos, como la influencia de actores informales, las amenazas híbridas o la ciberseguridad como factor desestabilizante. Ser mediador hoy implica mucho más que acercar posiciones: exige gestionar crisis complejas, anticipar riesgos y construir soluciones duraderas.

Conclusión

El Golfo ha dejado de ser solo un escenario de tensiones globales para convertirse en un arquitecto de soluciones. Su diplomacia híbrida, que combina tradición, pragmatismo y redes personales, lo ha transformado en un interlocutor indispensable en la política mundial. El reto es demostrar que esta influencia puede traducirse en paz real y no únicamente en prestigio geopolítico. Si lo logran, los países del Golfo podrían redefinir las reglas de la diplomacia global y consolidarse, no como simples intermediarios, sino como verdaderos diseñadores de estabilidad en el siglo XXI.



CARI

CONSEJO ARGENTINO PARA LAS
RELACIONES INTERNACIONALES